

ETÉREO

Irene Vigil

¿En qué parte del camino
nos hemos perdido a nosotros mismos?
¿Cuándo dejamos de descubrir la vida
en otros ojos?
¿Cómo hemos permitido que nos venzan
las diferencias, la piel o las creencias?
¿Por qué empezamos a ver en una mano
algo más allá de la ternura de sus dedos?
¿Dónde abandonamos la solidaridad,
el amor, la justicia, la cordura?
¿Tanta crueldad hay en nuestro interior
que ni la imagen de un niño
ahogado y boca abajo en la orilla de una playa
es capaz de aplacar nuestras vilezas,
nuestras palabras, nuestras ruindades?

El tren en el que voy
avanza impasible entre ciudades
de edificios altos, centros comerciales,
amplias casas y personas vacías.
En este mismo instante
cientos y cientos mueren en guerras
que no son las suyas,
en playas que no los acogen,
en calles frías que los escupen
y entre personas que ni los miran.

No necesito ningún carnet,
ningún documento, ningún pasaporte
que me diga que son ciudadanos
del mundo y para el mundo,
que son personas que sienten,
y sufren, y ríen, y resisten,
como yo, como tú, como cualquiera.
Ojalá nunca llegue el día
en el que sea un papel lo único que exprese
el valor de una persona.

No son necesarias las palabras
para entender que la mujer que se sienta a mi lado
sólo es diferente a mí
en el color...
de sus ojos,
porque la piel no tiene colores,
sino niveles de melanina;
para entender que las fronteras son ficticias;
que los países son tan sólo cachos de tierra;
que el nacionalismo justificado es el que se siente
por la vida;
y que la humanidad ha perdido el rumbo,
el sentido, la sensibilidad y la cabeza
si precisa que muera un niño
para derramar una lágrima.

Aylan. Tienes un nombre libre, y libre eres ya.